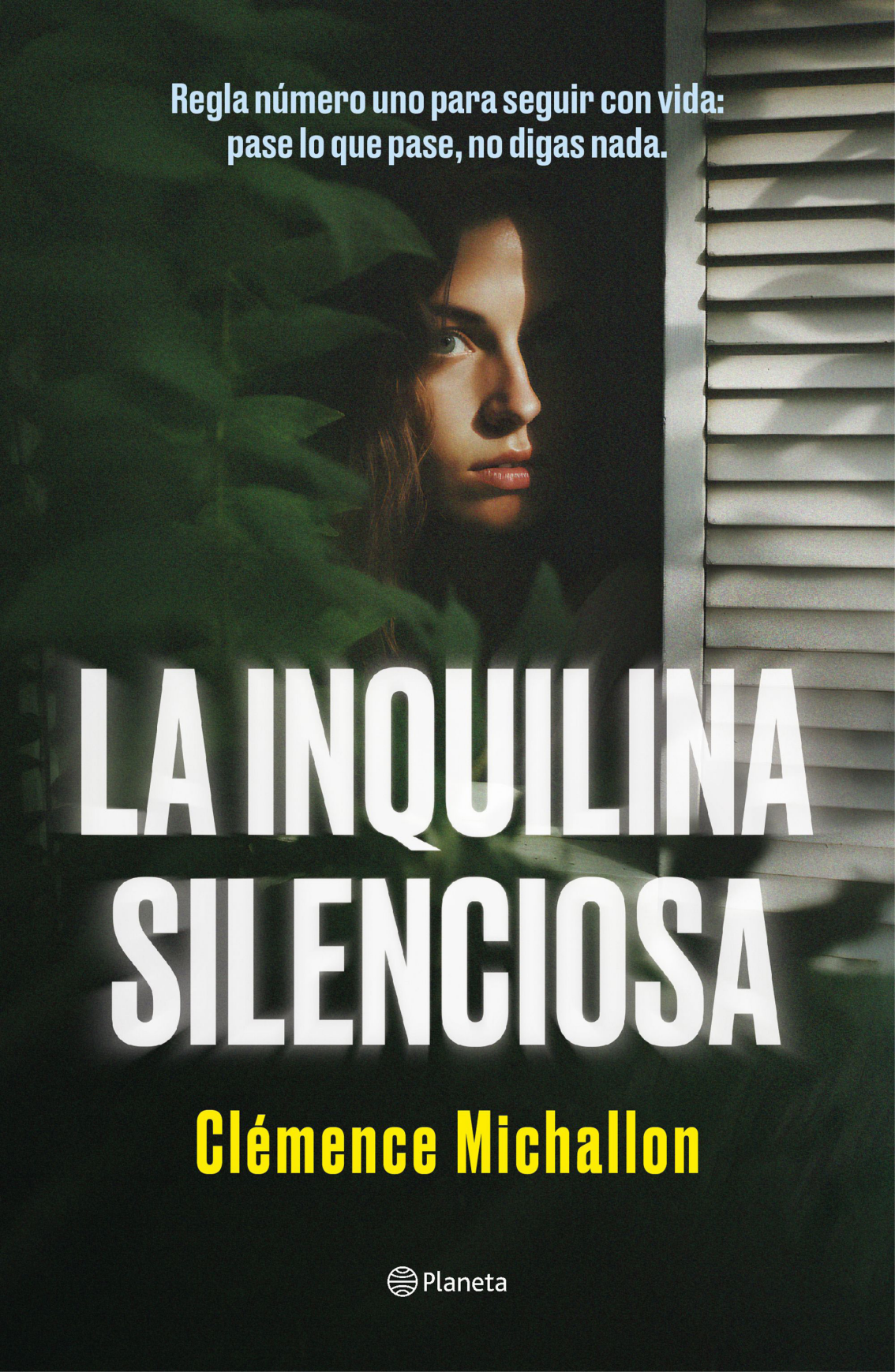


Regla número uno para seguir con vida:  
pase lo que pase, no digas nada.



# LA INQUILINA SILENCIOSA

**Clémence Michallon**

CLÉMENCE MICHALLON

LA INQUILINA  
SILENCIOSA

Traducción de Julio Hermoso

# 1

## LA MUJER EN EL COBERTIZO

Te gusta pensar que toda mujer tiene uno, y resulta que él es el tuyo.

Así es más fácil; si nadie es libre. En tu mundo no hay espacio para las que siguen ahí fuera. No existe el placer del viento en sus cabellos ni paciencia para el sol sobre su piel.

Viene por las noches, quita el pestillo y arrastra las botas por un reguero de hojas secas. Cierra la puerta a su espalda y desliza el cerrojo en su sitio.

Este hombre: joven, fuerte, bien arreglado. Vuelves a pensar en el día que os conocisteis, en ese breve instante antes de que sacara a la luz su verdadera naturaleza, y esto es lo que ves: un hombre que conoce a sus vecinos, que siempre recicla y saca la basura a su hora, que estuvo en la sala de partos el día que nació su hija, como una firme presencia contra los males del mundo. Las madres lo ven en la cola del supermercado y le plantan a sus bebés en los brazos: «¿Me la puedes aguantar un minuto, que se me ha olvidado la leche en polvo para el biberón? Enseguida vuelvo».

Y ahora está aquí. Ahora es tuyo.

Hay un orden en lo que haces.

Él te observa, te lanza una mirada como quien hace inventario. Aquí estás tú, con tus dos brazos, tus dos piernas, un torso y la cabeza; toda tú.

Entonces llega el suspiro. Una relajación muscular en su espalda cuando se acomoda en este instante compartido. Se inclina para ajustar el calefactor eléctrico o el ventilador, según la época del año.

Extiendes la mano y recibes un táper cuadrado. Ascien- de el vapor de la lasaña, de la carne con puré al horno, del guiso de atún o de lo que sea. La comida, abrasadora, te levanta ampollas en el paladar.

Te ofrece agua. Nunca en un vaso de cristal. Siempre en una cantimplora. Nada que se pueda romper y afilar. El líquido frío te produce descargas eléctricas en los dientes, pero bebes, porque ahora toca beber. Se te queda un sabor metálico en la boca.

Te ofrece el cubo, y tú haces lo que tienes que hacer. Hace mucho tiempo que dejaste de sentir vergüenza.

Él coge tus desperdicios y se marcha durante algo así como un minuto. Lo oyes justo ahí fuera: las suaves pisadas de sus botas contra el suelo, el agua que sale a presión de la manguera. Cuando vuelve, el cubo está limpio, lleno de agua jabonosa.

Te observa mientras te aseas. En la jerarquía sobre tu cuerpo, tú eres la inquilina y él es el propietario. Te entrega tus útiles: una pastilla de jabón, un peine de plástico, un cepillo de dientes y un tubo pequeño de pasta de dientes. Una vez al mes, el champú contra los piojos. Tu cuerpo, siempre dando guerra, y él, manteniéndolo siempre a raya. Cada tres semanas se saca un cortaúñas del bolsillo trasero del pantalón y espera mientras tú vuelves a estar presenta-

ble, antes de llevárselo de vuelta. Siempre se lo lleva de vuelta. Hace años que repetís lo mismo.

Te vistes de nuevo. Te parece que no tiene ningún sentido, sabiendo lo que viene a continuación, pero así lo ha decidido él. No funciona —piensas— si eres tú misma quien lo hace. Tiene que ser él quien baje las cremalleras, quien desabroche los botones, quien retire las capas.

La geografía de su piel: cosas que no deseabas saber, pero que has conocido igualmente. Un lunar en su hombro. El rastro de vello que le desciende por el abdomen. Sus manos: la fuerza de sus dedos al agarrarte; el calor de la presión de la palma de su mano en tu cuello.

Mientras sucede todo, él jamás te mira. Esto no va sobre ti. Esto va sobre todas las mujeres y todas las chicas. Esto va sobre él y sobre todas las cosas que le bullen en la cabeza.

Una vez que acaba, nunca se entretiene. Es un hombre que vive en el mundo real, con responsabilidades que atender; con una familia, una casa que llevar, deberes del colegio que corregir, películas que ver. Una esposa a la que hacer feliz y una hija a la que arropar. En su lista de tareas pendientes hay asuntos que van más allá de ti y de tu insignificante existencia, y todos ellos le están exigiendo que los tache de esa lista.

Salvo esta noche.

Esta noche, todo cambia.

Esta es la noche en que ves a este hombre —tan metódico que sabes que no da un paso sin haberlo calculado— violar sus propias reglas.

Apoya las palmas de las manos en el suelo de madera, se impulsa y se levanta. Es un milagro que no tenga una

sola astilla en los dedos. Se ajusta la hebilla del cinturón por debajo del ombligo y presiona el metal contra la tersa piel de su abdomen.

—Escucha —dice.

Algo se aguza en ti, la parte más esencial de tu ser presta atención.

—Ya llevas aquí bastante tiempo.

Escrutas su rostro. Nada. Es un hombre de pocas palabras, de un rostro que se expresa en silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntas tú.

Se retuerce para volver a ponerse el forro polar y se sube la cremallera hasta la barbilla.

—Tengo que mudarme —dice.

De nuevo, necesitas preguntar:

—¿Qué?

Le late una vena en la base de la frente. Lo has irritado.

—A una casa nueva.

—¿Por qué?

Frunce el ceño. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero enseguida se lo piensa mejor.

Esta noche no.

Te aseguras de que su mirada perciba la tuya conforme se marcha. Quieres que capte tu confusión, que sea consciente de todas las preguntas que quedan en el aire. Quieres que sienta la satisfacción de dejarte a medias.

Primera regla para seguir viva en el cobertizo: él siempre gana. Llevas cinco años asegurándote de ello.

## 2 EMILY

No tengo la menor idea de si Aidan Thomas sabe cómo me llamo. Tampoco se lo tendría en cuenta si no lo supiese. Tiene cosas más importantes que recordar que el nombre de la chica que le sirve la Cherry Coke dos veces por semana.

Aidan Thomas no bebe. Nada de alcohol. Un hombre guapo que no bebe podría suponer un problema para una camarera, pero mi idioma en el amor no es la bebida; es la gente que se sienta en mi barra y se pone en mis manos durante una o dos horas.

No es un idioma que Aidan Thomas hable con fluidez. Es un ciervo en el arcén de una carretera que permanece inmóvil hasta que llegas tú y está listo para salir disparado en caso de que muestres demasiado interés. Por eso dejo que sea él quien venga a mí. Los martes y los jueves. En un mar de clientes habituales, él es el único al que quiero ver.

Hoy es martes.

A las siete en punto empiezo a mirar hacia la puerta. Con un ojo estoy atenta a su entrada y con el otro a la cocina: a mi camarera encargada, a mi sumiller, al capullo integral de mi jefe de cocina. Mis manos se mueven en

modo piloto automático. Un sidecar, un Sprite, un Jack Daniels con Coca-Cola. Se abre la puerta. No es él. Es la mujer de la mesa de cuatro junto a la puerta, la que ha salido a mover el coche para aparcarlo en otro sitio. Llega un informe de mi camarera encargada: en la mesa de cuatro no ha gustado la pasta. Estaba fría o no estaba lo bastante picante. No queda muy claro de qué se quejan, pero lo hacen, y Cora no va a perder sus propinas porque en la cocina no sepan mantener la comida caliente con un calentador. Hay que aplacar a Cora, decirle que vaya a la cocina y les diga que tienen que volver a hacer la pasta con algún acompañamiento gratis como disculpa. O que le pida a Sophie —nuestra pastelera— que les saque un postre si es que les gusta el dulce. Lo que sea con tal de que se callen.

El restaurante es un agujero negro de necesidades, un monstruo que jamás queda saciado. Mi padre nunca me preguntó; asumió sin más que yo haría algo, y entonces fue y se murió, porque los chefs hacen ese tipo de cosas: viven en una caótica neblina de calor y ahí te dejan, para que seas tú quien recoja los pedazos.

Me pellizco las sienes con dos dedos e intento esquivar el pánico. Quizá sea el tiempo: estamos en la primera semana de octubre, apenas a comienzos del otoño, pero los días ya se acortan; el aire es más frío. O quizá sea otra cosa. En cualquier caso, esta noche todos y cada uno de los fallos me parecen particularmente míos.

Se abre la puerta.

Es él.

Algo se aligera en mi interior. Me sube un burbujeo de alegría, de esos que me hacen sentir pequeña, un poco su-



cia y puede que bastante boba, pero es la sensación más dulce que puede ofrecer el restaurante, y yo la acepto. Dos veces a la semana, me quedo con ella.

Aidan Thomas se sienta en silencio en la barra de mi bar. Él y yo no hablamos salvo para las cortesías habituales. Esto es un baile, y los dos conocemos nuestros pasos de memoria. Vaso, cubitos de hielo, pistola dosificadora del refresco, posavasos de papel. «Amandine» escrito con letra cursiva *vintage* de un lado al otro del cartón. Una Cherry Coke. Un hombre satisfecho.

—Gracias.

Le ofrezco una rápida sonrisa y me encargo de mantener las manos ocupadas. Entre una tarea y otra —enjuagar una coctelera, organizar los tarros de aceitunas y las rodajas de limón— le lanzo miradas furtivas. Es como un poema que me sé de memoria pero del que nunca me canso: ojos azules, cabello rubio oscuro, barba bien cuidada. Algunas líneas bajo los ojos, porque este hombre ha vivido lo suyo. Porque ha amado y ha perdido. Y luego están sus manos: una descansa sobre la barra, la otra envuelve el vaso. Firmes. Fuertes. Unas manos que dicen mucho.

—Emily.

Cora está apoyada en la barra del bar.

—¿Y ahora qué?

—Dice Nick que tenemos que darle boleto al solomillo.

Contengo un suspiro. Ella no tiene la culpa de las patalletas de Nick.

—¿Y por qué tendríamos que hacer eso?

—Dice que el corte no es el correcto y que los tiempos de preparación están mal.

Aparto los ojos de Aidan para mirar a Cora.

—No estoy diciendo que tenga razón —continúa—. Es solo... que me ha pedido que te lo diga.

En cualquier otro instante, habría salido de detrás de la barra y me habría encargado yo misma de Nick, pero no va a quitarme este momento.

—Dile que mensaje recibido.

Cora se queda esperando el resto. Sabe tan bien como yo que un «mensaje recibido» no basta para que Nick deje en paz a nadie.

—Dile que yo me encargaré personalmente de lidiar con cualquier queja que recibamos sobre el solomillo. Lo prometo. Yo cargaré con toda la culpa. El polémico solomillo será mi legado. Dile que la gente está poniendo esta noche la comida por las nubes. Y dile que debería preocuparse menos por el solomillo y más por cómo salen las comandas, no vaya a ser que su gente esté sacando los platos fríos.

Cora levanta las manos en plan «vale, vale» y se encamina de vuelta hacia la cocina.

Esta vez me permito un suspiro. Estoy a punto de centrar mi atención en un par de copas de martini que necesitan un abrillantado cuando siento una mirada sobre mí.

Aidan.

Me observa desde la barra con una media sonrisa.

—El polémico solomillo, ¿eh?

Mierda. Me ha oído.

Me obligo a reír.

—Lo siento.

Hace un gesto negativo con la cabeza y toma un sorbo de su Cherry Coke.

—No hay por qué disculparse —dice.

Yo también le sonrió a él y me concentro en mis copas de martini, esta vez de verdad. Veo con el rabillo del ojo que Aidan se termina la Coca-Cola de cereza, y se reanuda nuestro baile: un ladeo de la cabeza para pedir la cuenta, levantar la mano un segundo a modo de despedida.

Y así, por las buenas, se acabó la mejor parte de mi jornada.

Recojo la cuenta de Aidan —una propina de dos dólares, como siempre— y su vaso vacío. No me doy cuenta hasta que paso la bayeta por la barra: un fallo, un cambio en nuestro *pas de deux* tan bien ensayado.

Su posavasos, ese de papel que le he puesto debajo de la bebida. Ahora me tocaría tirarlo en el cubo del reciclaje, pero no lo encuentro.

¿Se habrá caído? Paso al otro lado de la barra y me fijo en el suelo de alrededor del taburete donde él estaba sentado hasta hace apenas unos minutos. Nada.

Es de lo más raro, pero innegable: el posavasos ha desaparecido.